

UN TEATRO MAL ORIENTADO:

Los de Afuera

Pieza en cuatro cuadros de Amado Canobra. Dirección de Raúl Bigliaccini y Ugo Ulive. Elenco y alumnos del Curso de Arte Escénico de El Galpón, en el Teatro Victoria.

En una función casi privada, movida por el nobilísimo afán de recoger fondos para los obreros papeleros y cartoneros, se estrenó esta pieza de autor nacional que El Galpón ha montado para llevarla a los barrios de la capital y ciudades del interior antes de presentarla en su sala propia. Los organizadores se excusan en una breve nota de las deficiencias del espectáculo al que llaman "experimento que, fuera del marco para el que fue originalmente pensado, perderá tal vez sus principales caracteres". No es muy claro cuáles son los caracteres que se puedan perder en su presentación en el Teatro Victoria y es esta función la que debemos comentar y no otra, tenidas cuentas todas las circunstancias.

Amado Canobra es un autor novel, cuya actividad anterior fue el cuento humorístico. Su primera pieza historia las crecientes desventuras de un matrimonio que huyendo de las apreturas económicas en un pueblo del interior viene a probar fortuna en la ciudad, fracasa repetidas veces en su busca de un empleo, pasa por las horcas caudinas del postulante sin padrinos, deambula inútilmente por los clubes políticos y termina en uno de los "cantegriles" montevidianos.

Así resumido es un tema veraz y noble, al que nada quita de su realidad el haber sido manoseado hasta el cansancio por gacetilleros y cultivadores del sensacionalismo de la miseria. Pero muy otra cosa es su realización escénica, y ella es la que cuenta para nosotros.

El Galpón presenta la pieza con estas frases que tienen arrebatado de manifiesto: "No han pasado por alto a nuestra Institución los múltiples errores de construcción y escritura en que la obra incurre. El esquematismo —buscado— (sic) de las situaciones, se torna a veces excesivo, desdibuja los personajes, obliga a mezclar los géneros y priva al texto de una adecuada progresión dramática. Pero frente a esto, la observación jugosa y entrañable de una realidad popular, la riqueza del lenguaje de los personajes y el planteo sentido de uno de los problemas más angustiosos de nuestro país han sido considerados más importantes para un teatro de circunstancias como debe ser el teatro uruguayo de aquí y ahora".

Las frases anteriores son demostrativas de la desorientación de El Galpón en materia de teatro nacional, pero nunca el ejemplo había sido tan contundente, ni se le había visto justificar de este modo el alegato social con olvido o desdén no digamos del arte, sino del teatro mismo. El Galpón parece olvidar que su función primera es hacer teatro, y que con obras de esta indole puede fomentar la denuncia contra el régimen social imperante, pero no el teatro nacional al que desfigura y enturbia. Y ni siquiera la denuncia contra un régimen, porque escenas como la del club político son de tal grotesco irrisorio y de tal falsificación de lo mínimamente humano, que resultan contraproducentes.

Comprenda El Galpón que se equivoca pretendiendo sustituir el teatro por la lectura a varias voces de un editorial sensacionalista, sin que esto signifique desmonetizar el teatro político. Nadie más político en su teatro que un Shakespeare o un Ibsen, pero la validez de sus obras no la da la denuncia de los ministros de la reina o de la burguesía noruega.

Esto debe decirse, además, en defensa de un autor que se inicia en la escena, incluso para aconsejarle, si tal es la cuerda de su temperamento creador, el teatro de circunstancias, en que lo primero es el teatro y lo segundo las circunstancias, porque de otro modo se hará del teatro mismo una circunstancia al servicio de causas que hoy pueden ser buenas y mañana malas. Que el ejemplo esclarecido de Sánchez sirva de guía, porque ninguno entre nosotros tuvo tal valor para la denuncia social, pero Sánchez jamás hizo de sus personajes simples resortes para apoyar sus críticas, usando y abusando de ellos. Al contrario, comenzó por quererlos y respetarlos, por obedecer humildemente al imperio de sus naturalidades trágicas, y de ahí nace esa humanidad sensible que hace la gloria de sus mejores piezas,

Y si el ejemplo de Sánchez resulta poco moderno y revolucionario, vuélvase los ojos a Gorki para ver cómo retrata a sus más implacables burgueses. Compréndase que el teatro no es un megáfono para las críticas esquemáticas y simplistas, sino el recinto en que se traduce el vivir más auténtico de todos nosotros y que por eso debería ser, y perdónese la palabra, casi sagrado.

Pero de este modo El Galpón no sirve la causa del teatro auténtico que se está forjando lentamente, ni tampoco, créalo, su vocación panfletaria y partidista.